cho del ladron que asalta al pasajero en las encrucijadas, del asesino que inmola innumerables víctimas, por este combate con la sociedad y con la moral, un héroe lleno de pasiones nobles, el cual se da á esos horrores más que por malos impulsos, por protestas contra nuestro mundo tan desorganizado y tan vicioso. En la servidumbre no se conocen, no se aprecian las verdaderas virtudes cívicas. Para que la ley inspire culto se necesita contribuir á formarla. En los comicios, en el jurado, en las agitaciones de la vida pública, en la escuela de la libertad, se aprende el culto religioso á las leyes y la distincion entre el bien y el mal tan necesaria á la vida. Los pueblos esclavos pierden ¡ay! en la esclavitud su conciencia; y al perder la conciencia pierden tambien todas las nociones más necesarias de la moral, y con el sentimiento de su derecho el sentimiento de sus deberes. Cuando oprimís á un pueblo, lo rebajais, y cuando lo rebajais, lo corrompeis; porque le falta la primera condicion de toda dignidad, el aprecio á sí mismo.

Hemos referido con amplitud estos sucesos recientes, porque demuestran la incurable decadencia de la antigua Turquía. Creyeron muchos que con mudar de Sultan se habria mudado de política; y un triste desengaño ha venido á mostrarles que no puede cambiarse la vida, si no se cambia el espíritu de un pueblo, y no puede cambiarse el espíritu cuando se inspira en algo que es eterno, en las creencias religiosas. Ni siquiera habian mudado de Sultan. Todos estos príncipes, nacidos de los dos extremos de la naturaleza humana, de un ayuntamiento del poder absoluto con la absoluta esclavitud,

hijos de sultanes y cautivas, sacan de sus padres la demencia á que están sujetos los tiranos, y de sus madres la poquedad de cuerpo y de alma á que están sujetas las esclavas. Corazones de fiera, inteligencias de loco, cuerpos de tísico; hé ahí su complexion moral y su complexion material. A los veinticinco años tiene Murad el mismo agotamiento de fuerzas y la misma indiferencia de ideas que los sultanes más viejos. Los placeres del serrallo lo han embrutecido, la fatalidad musulmana lo ha petrificado; sólo queda de él á sus años lo mismo que de su vasto Imperio, una sombra próxima á disiparse. Imperio decadente, raza decadente, religion decadente, literatura decadente; todo el sér y toda la vida de Turquía se hallan tocados del mismo mal y teñidos del color entre amarillento y verdoso de la muerte. Su descomposicion es la descomposicion del despotismo, la descomposicion de la teocracia, la descomposicion de la fatalidad, la descomposicion de todo aquello que condena la conciencia y que entierra en su seno inapelablemente la historia.